

## SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO 1º DE CUARESMA

(II Domingo de Cuaresma en la liturgia actual)

### Sermón 1º

«*Sus vestidos quedaron blancos como la nieve*» Mateo 17,2 <sup>1</sup>

1.- El orden y buen concierto en las cosas hace que todos aprovechen y sirvan; y, por el contrario, el desorden hace que todos se perturben y embaracen, y que no se pueda servir de las cosas. Esto se ve claramente en el mundo. Veréis en casa de un rey o de un gran señor, por muchos criados que haya, todos sirven y aprovechan, sin embarazarse; y, al contrario, en una casa o palacio, donde no hay concierto ni orden, por pocos que sean los criados, se revuelven e impiden [entre sí], y no aprovechan para nada.

2.- Crió Dios el palacio de este mundo con tanto orden y concierto, que todos sirven a Dios, como dice David: *Según tus decretos, todo subsiste en el tiempo, porque todas las cosas te sirven* (Sal 118,91). Todas las cosas están en mucho orden y concierto, y todas, Señor, os sirven y magnifican vuestra gloria. Hasta la hormiguilla os sirve y alaba, y, cierto, que es cosa de ver [cómo] en un palmo de tierra [hay] tantos gusanillos tan diferentes. [En fin], que en todas las cosas reluce la omnipotencia de Dios.

Y entre las cosas [en] las que más se muestra la omnipotencia de Dios [está] la nieve, y ella sirve mucho. Porque no sólo representa las virtudes de Dios, pero aún las virtudes y perfecciones de la Santísima Reina de los ángeles. [Por eso se dice]: *Sus vestidos se volvieron blancos como la nieve*. La nieve, lo primero que tiene es refrescar a los que están acalorados. En esto representa la gracia, la cual es frescor para aquéllos que se abrasan en el fuego de la concupiscencia. Lo segundo, es que la nieve, para haberse de conservar, es menester que esté [en] alto, como el monte, porque por los valles luego se derrite. Y en esto representa la virginidad que, para conservarse, ha de estar en lo alto [del] monte de la contemplación, y no por las casas de los grandes señores y por los palacios, por donde luego se pierde.

3.- Lo tercero que tiene la nieve es que, cuando se derrite, baja de los montes. En esto significa la humildad, porque cuantos más rayos de beneficios recibe uno de Dios, tanto más se humilla y se tiene por indigno. Lo cuarto que tiene la nieve es que, cuando se derrite, es para fortalecer los campos. Y en esto representa a las virtudes, las cuales, cuanto más están en un alma, más la hacen fértil y abundante.

Ahora [bien], todas estas cosas que significa la nieve en Dios, todas se representan en su Santísima Madre. Primero, María está cargada de gracia, como lo dijo el ángel: *Dios te salve, llena de gracia* (Lc 1,28). En ella [está] toda la pureza y limpieza de la virginidad. [Así lo expresó] ella al decir: *¿Cómo será esto, pues no conozco varón?* (Lc 1,34). Está llena de humildad, como la nieve, [que] se humilla cuando se derrite. Así dijo: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc 1,38). Y por eso,

---

<sup>1</sup> *Obras y sermones*, vol. I, pp.208-213.

se le pueden aplicar aquellas palabras de Salomón: *Como frescura de la nieve en tiempo de la siega, así el mensajero fiel refrigera al alma de aquel que le envió* (Pr 25,13). [Esto es], como en el caluroso tiempo de la siega, cuando los segadores están a punto de reventar echando la gota tamaña, el airecito fresco, suavísimo y ligerísimo [los refresca], así cuando os viene un mensajero fidelísimo. Porque vos, Señora, sois la mensajera de nuestras obras, porque si nuestro ayuno y limosna han de valer algo delante de Dios, han de pasar por vuestras manos. Por eso dice [el Apocalipsis] que estaba la luna debajo de sus pies (cfr. Ap 12,1), porque como la luna es la más veloz de todos los planetas, así ella es ligerísimo mensajero para llevar nuestras peticiones delante de Dios, las cuales serán aceptas, y con ellas alcanzaremos el favor de la gracia, principalmente si con humildad se lo suplicamos, poniendo las rodillas por el suelo, y diciendo: *Ave María, llena de gracia*.

4.- Cuenta el sagrado Evangelio que, acabando que hubieron los discípulos de hacer aquella confesión de que Cristo era el Hijo de Dios, como lo confesó San Pedro, al cual le dijo [Cristo]: *Bienaventurado eres Simón, porque no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre celestial* (Mt 16,17); acabada, pues, esta confesión, Cristo comenzó [a] contarles cómo habían de ir a Jerusalén, adonde había de padecer muerte y pasión, y tantos trabajos y fatigas, y tantas persecuciones. Y [dice el Evangelio] que de allí a seis días, llevólos al monte Tabor, y transfiguróse delante de ellos, que no fue otra cosa sino soltar las riendas a la gloria de [su] alma, para que de allí resultase a [su] cuerpo, y del cuerpo a [sus] vestiduras, de suerte que, en haberles acabado de contar lo que había de padecer, y qué atormentado se había de ver, llévalos al monte para mostrarles aquel retrato, dibujo y traslado para darles ánimo y esfuerzo. Mostróles [una] migaja del premio que se alcanza por los trabajos, para confortarlos y animarlos, [y] para quitarles la flaqueza y cobardía, pues dice San Gregorio, que *la consideración del premio disminuye los trabajos*<sup>2</sup>.

5.- Esto mismo dice Job: *Como el siervo fatigado suspira por la sombra, y como el jornalero aguarda con ansia el fin de su trabajo, así he pasado yo meses sin sosiego, y estoy contando las noches trabajosas* (Jb 7,2-3). [Esto es], como el jornalero que suda de sol a sol la gota tamaña, [con] peligro de reventar, [y] se da prisa esperando el premio a la noche; y como el soldado [que] está en la frontera de día y de noche, con peligro de perder la vida, por el premio que espera; así, dice Job, me esforzaba [en] sufrir los meses vacíos, y [esto] no sin misterio, al tiempo que vivía. Porque al siervo, mientras vive en esta vida, todo le es vacío: la bolsa en dar limosnas; si no es hombre de hacienda, la barriga, con ayunos; los inviernos vacíos de ropas calientes; y los veranos de ropas frescas y ligeras. Todo esto, dice Job, sufriré por la gloria que espero. Y [esos siervos], aunque tengan hacienda y bienes, dícense vacíos, porque nada tienen que les contente cumplidamente. Pues para que podamos pasar tantas persecuciones y trabajos, es menester que pongamos los ojos en la gloria, que es el premio que Dios nos tiene aparejado, para que nos anime y esfuerce a sufrir cualquier trabajo y nos quite la cobardía.

6.- El que juega a la pelota, para limpiarse el sudor, lleva una toalla. Pues ésta es la perfección de los justos. Dice David: *Como flechas en mano de un guerrero, así los hijos de la juventud* (Sal 126,4). [Esto es, que] todos los buenos son rechazadores [de pelotas], porque los tres enemigos [del hombre], el demonio, el mundo y la carne, os tiran pelotas de viento de vanidad y de locura, que vos las habéis de rechazar luego.

---

<sup>2</sup> San Luis cita sin indicar la obra de donde ha tomado este pensamiento.

Porque teniendo la pelota del mal pensamiento, del mal deseo, hacéis falta y pecáis mortalmente, porque sólo detener el mal pensamiento, con el consentimiento de la voluntad, es pecado mortal.

Pues, no sólo habéis de rechazar las pelotas de los tres enemigos [dichos], pero aún las buenas pelotas de los beneficios que Dios os envía, las habéis de rechazar luego con hacimiento de gracias, como él lo dice [en los Proverbios]: *Cuando asentaba los cimientos de la tierra, con él estaba yo disponiendo todas las cosas, y eran mis diarios placeres el holgarme continuamente en su presencia* (Pr 8,30). Por eso se les llama *hijos de la juventud*, porque de allí les viene a los hijos el ser buenos y fervorosos en las cosas de Dios, de ser hijos de padres rechazadores. Esto es, pues, lo que nos enseña David.

Uno de los mejores remedios para quitarse el sudor, que tiene el que ha de rechazar la pelota, es ceñirse una toalla. Ésta es la toalla de la esperanza, para que con ella lo rechacéis todo cuanto se os haga dificultoso. Pues veis aquí cuánto importa el ceñirse para [poder] postrarse. Cristo, para limpiar y lavar los pies de los discípulos, se la ciñó; y después, cuando resucitó, hallaron las toallas recogidas en el sepulcro. No fue otra cosa esto sino enseñarnos que, cuando hubiésemos de humillarnos para hacer alguna obra virtuosa, que nos ciñamos la toalla de la esperanza, para que con mayor esfuerzo lo hagamos, como lo dice San Pablo. Es menester que todos se den a entender y piensen que Dios es muy agradecido y que reconoce los servicios que se hacen; y que no sólo es grato, [sino] que es rico para podernos remunerar, pues poco aprovecha que uno sea agradecido, si no puede remunerar los beneficios. Pues Dios todo lo tiene, [es] rico, y agradecido, [por eso] Cristo [se ciñó la toalla] para lavar [los pies] de los Apóstoles.

El quedarse las toallas en el sepulcro después de la resurrección es dar a entender que, después que saliéremos de esta vida, [ya] no es menester [la] esperanza, que aquí quedará. Y si esto es verdad, que aguardamos una gloria como la de Dios, donde hay descanso, regalo y contento, ¿por qué somos tan cobardes para las cosas de Dios, para los trabajos y fatigas de este mundo, y para resistir a las tentaciones de los enemigos, mundo, demonio y carne?

7.- Hallaréis [en la historia] que, después que venían [los soldados], de haber ganado alguna victoria, a la ciudad de Roma, se les hacían fiestas y regocijos, pero al fin todos eran de un día. Y para alcanzar este triunfo y esta honra, se exponían a tantos peligros, tantos trabajos, tantos malos ratos, malos días y peores noches, atravesando mares, etc.; y todo les parecía poco, con la esperanza que tenían de alcanzar aquel triunfo en Roma. Los llevaban en carros triunfales, con mucha cantoría y música. Además de esto llevaban allí las armas con las cuales habían vencido las batallas, y los enemigos cautivos. Y por sólo esto, que duraba un día, pasaban tantos afanes y trabajos.

Pues mirad, hermanos, lo que nos revela el Espíritu Santo por David: *Los santos se alborozan en la gloria y se gozan sobre sus lechos* (Sal 149,5). Veis, pues, aquí dibujadas las cinco cosas que se hacían [cuando] se premiaba [a los soldados] en Roma. Lo primero que hacían era llevarlos en carros triunfales. En éstos irán los que premiados fueren en el cielo. [Por eso]: *Los santos se alborozan en la gloria*. Porque los carros no son sino dos [varas] en punta que van a juntarse en un cabo. Estas dos puntas son [el] entendimiento y [la] voluntad; el conocimiento de Dios [por] el entendimiento y el amor de la voluntad, [que vienen] a juntarse en uno que es Dios; y ajuntados con Dios [llevan a] la gloria, que en esto consiste la bienaventuranza, en conocer a Dios y amarle. Veis, pues aquí cómo tenemos ya [explicado lo] del carro triunfal, y cuanto más uno mayores hazañas hiciere y mayores vencimientos tuviere, irá en mejoría, y tendrá mayor gloria y merecimiento.

8.- De esto se entienden aquellas palabras del Eclesiástico: *Como el arco iris resplandece en las transparentes nubes...* (Ecli 50,8). Mirad qué misterio. El arco [iris] no se hace sino cuando hay nubes. Pues, el arco de la gloria no se puede labrar, sino cuando está vuestra alma en la nube de vuestro cuerpo. Y así como para que se haga el arco con [todos] sus colores, no basta que la nube esté en el cielo, sino que es menester el rayo del sol, así también para que se haga la corona y el arco del cielo, no sólo es menester el cielo del alma con la nube de la carne, [sino] que son menester asimismo los rayos del sol de la gracia, como dice San Pablo: *Todo lo puedo en aquel que me conforta* (Flp 4,13). Pues esto es lo primero que hacen los que triunfan en el cielo.

Lo segundo que harán es que *se gozarán sobre sus lechos* (Sal 149,5). [Esto es], que los santos irán [por] el cielo gozando y triunfando en los carros de sus cuerpos. ¡Qué gozo tendrá un alma cuando se vea vestir [con] un cuerpo tan fiel y leal como el suyo, que le ayudó a ganar el cielo! Aquéllos serán [arrastrados] por los cuatro caballos que son las cuatro dotes [que gozarán nuestros cuerpos]: la ligereza, la sutilidad, la claridad y la velocidad.

Cuando el alma se junte al cuerpo, se le aumentará una gloria accidental, porque así como el alcón, aunque vuele con pihuelas, pero si [se las] quitan vuela más, [así el alma] tendrá más gloria. Y esto lo dice San Juan [Apocalipsis]: *Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descender del cielo por la mano de Dios, compuesta como una novia engalanada para su esposo* (Ap 21,2). Y San Pablo: *La Iglesia comparecerá delante de él llena de gloria, sin mácula, ni arruga, ni cosa semejante* (Ef 5,27). Y estas palabras se entienden después del Juicio, porque aunque ahora no tiene mácula de pecado, pero tiene arrugas.

9.- Lo tercero que tenían los que triunfaban en Roma [era] que llevaban muchos cantores. Así los que entrarán en el cielo irán con cantores, como dice David: *Con vítores y elogios a Dios en su garganta* (Sal 149,6). Los santos están cantando en el cielo cantos suavísimos, que cada vez les parecen nuevos, por el nuevo gozo que sienten. Y así dice San Juan, que *cantaban como un cántico nuevo ante el trono de Dios* (Ap 14,3).

¿Y qué más llevaban los [vencedores] romanos? Las armas con las que vencían. Pues también las llevarán los santos en el cielo. [Dice David]: *Espadas de dos filos en sus manos* (Sal 149,6). ¿Y esas armas con que vencieron cuáles son? Dígalo San Pablo: *Las armas con que combatimos no son carnales, sino el mismo poder de Dios que destroza fortalezas* (2 Co 10,4). Hasta el menor jarro de agua [que disteis], estará allí dando testimonio de vuestro merecimiento.

Éste, pues, es el gozo que sentirán los buenos por las buenas obras [que hicieron]. Porque aún en esta vida se ve esto, porque si vos coméis un manjar bueno, no sólo os holgábades cuando lo comíades, pero aún después os queda un gusto y sabor y un olor que os da contento de haberle comido. Pues, ¿qué contento, pensáis, que recibe un alma cuando ha hecho el bien? Mirad lo que dice Job. Estaba en un muladar con tantos trabajos y fatigas, y el consuelo que tenía era recordar las buenas obras que había hecho: *Era el padre de los pobres, y me informaba con la mayor diligencia de los pleitos de los desvalidos... Jamás el peregrino se quedó al descubierto, y siempre estuvo mi puerta abierta al pasajero* (Jb 29,16 y 31,32). Pues todos estos manjares suavísimos son los que guían para el cielo.

Procurad, hermanos, comer buenos manjares y resultaros ha un olor suavísimo: *Los santos se alborozan en la gloria y se gozan sobre sus lechos. Con vítores y elogios a Dios en su garganta y espadas de dos filos en sus manos* (Sal 149,5-6).

**10.-** Pues estos trabajos han de ser por amor de Dios. Esta es la eficacia de la buena vida. Si coméis ajos, siempre os quedará un mal olor; aunque seáis un infernal, lo sentiréis; y si no lo sentís, es pronóstico y señal de vuestra reprobación, y que estáis muy apartados de Dios. Pues si estas cosas dan aquí tanto gusto, ¿qué hará allá el haber casado a una huérfana y haber dado limosna?

Lo último que dijimos es que [los romanos] llevaban consigo los cautivos y los enemigos con los cuales pelearon. Pues decidme: ¿Quiénes son aquí vuestros enemigos capitales? ¿El que os quita la honra, os dio un golpe, o un bofetón? No, por cierto, porque vos sois artifice y obráis el arco de diversos colores, como decíamos antes. Pues para ésta [obra] son menester instrumentos, y después labraréis, como el platero hace, que cuando labra la plata, la labra sobre la pez, y después ve lo que ha labrado. Así vosotros, en esta vida labrad sobre la pez de la fe, y después veréis lo que habéis labrado. Por eso son menester instrumentos. *Los enemigos del hombre están en su propia casa* (Mt 10,36). Vuestros enemigos son vuestros sentidos, vuestras pasiones y apetitos. Pues éstos son los que irán afrentados, atados y presos delante de Dios: allá triunfaréis de vuestros enemigos. Veis, pues, aquí la gloria y triunfo.

Ahora, pues, volvamos a la razón [de antes]. Si los romanos padecían tantos trabajos por [la] gloria de un día, y ahora están ardiendo en los infiernos, nosotros que esperamos el triunfo de la eterna gloria, ¿por qué no nos pondremos a uno y otro trabajo? Esto nos mostró Cristo cuando se transfiguró delante de sus discípulos, mostrándoles la gloria del cuerpo. Y de sólo ésta quedó tan enamorado San Pedro, que dijo: *Señor, bueno es que nos estemos aquí. Si quieres haré tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías* (Mt 17,4). ¡Oh ladrón famoso, quíereste quedar con el robo y no dar parte a nosotros! Por eso dice la Escritura: *No sabía lo que se decía* (Mc 9,6). Porque si de la gloria del cuerpo se enamora en tanta manera San Pedro, ¿cuánto más se enamorara de la gloria del alma? Si sólo con ver el cuerpo hablaba desatinos, ¿qué hiciera si viera la divinidad de Dios?

**11.-** ¡Oh, si pensásemos en esto y pusiésemos los ojos en las cosas del cielo, cómo lloraríamos! ¿Qué diríades, hermanos, si viédes un príncipe andar en tierras extrañas, andrajoso, sucio y pidiendo de puerta en puerta, y supiédes que ese príncipe tiene tierras y señoríos donde vivir con su contento, y con todo esto no le pasasen pensamientos, ni deseos de irse a su tierra? ¿Qué diríades de este tal? ¿No estaríades atónitos, diciendo, «este ha perdido el seso»? Pues plega a Dios, hermanos, que el que llevó hoy a estos discípulos para ver el resplandor de su cuerpo, os alumbré vuestras almas y os dé a entender la fuerza de esta eficacísima razón, porque siendo verdad que somos hijos de Dios, [y] príncipes del cielo, nos olvidamos de él. ¡Qué mala señal es estar uno en la cárcel y no tener deseo de salir de ella! Pues esto pasa, que los que estáis en este mundo, sin el deseo de ir a aquella eterna gloria, es señal de que estáis olvidados de Dios. Éste, pues, hermanos, es el misterio que primero quiso Cristo relatar a sus discípulos de su Pasión, y después mostrarles [su] gloria.

Y después, a éstos mismos a los que mostró su gloria, [les] mostró las lágrimas en el Huerto de Getsemaní, para darnos a entender que el que ha de subir al monte, ha de subir con sudores, lágrimas y afanes. Pero consuélanos una cosa que dice el santo Evangelio: *Que Jesús se los llevó consigo*. Él los acompañaba para ir al monte. Pues, con tal compañía, ¿quién sentirá la cuesta de los trabajos? Llevando tal capitán, ¿quién sentirá trabajos? Dice David: *Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la roca que nos salva* (Sal 94,1). ¿Y por qué, David? *Pues suyo es el mar y la tierra que formaron sus manos* (Ibíd. 5).

Pues por eso tenemos de saltar de placer. Porque si dijera que crió los cielos; mas dice que nos holguemos porque crió la tierra y el mar. Fue mostrarnos en esto la gloria

de Dios y su misericordia. Fue demostrarnos en esto que crió Dios un mar tan bravo, y que con ser tan grande y con tantos grados mayor que la tierra, nunca la cubriese, ni [sobre] pasase sus términos. Porque [dicen los Proverbios]: *Con ley fija encerró los mares dentro de su ámbito* (Pr 8,27). Veréis unas ondas [olas] que parece que se van a beber el mundo, y cuanto menos os catáis, las veréis sin fuerza y deshechas.

Pues alegraos, hermanos, que aunque haya un mar tan bravo, aunque haya tropiezos, tantas enfermedades, pérdidas de hacienda, etc. y os parezca que habéis de quedar ahogados, cuando os catáis os halláis en un sosiego espiritual [y] una consolación, como si tal cosa no os acaeciera. Pues, alabad a Dios para que, cuando llegaren las olas del mar, pierdan luego la fuerza.

**12.-** Sansón iba por un camino y salióle un león rabioso con la boca abierta para tragarlo, y como no pudo hacer otra [cosa], al fin apechuga con el león y venciólo. Y pasando de allí a seis días por allí halló en los dientes del león un panal de miel (cfr. Jc 14,5-8). Éste, pues, es, hermanos, el artificio de Dios, que adonde pensáis que hay trabajo, allí está el descanso. Y para que entendáis que, andando por esta vida cristiana, no dejarán de salir leones, que son las tentaciones, fatigas y trabajos. Pues apechugar con ellos, porque en esa boca rabiosa de la tentación hallaréis el panal de miel, que es la consolación espiritual.

Así [dice el Evangelio] que *Jesús subió a sus discípulos a un monte muy alto*. Los llevó, para enseñarnos que hemos de subir, y para consolarnos, pues él nos lleva allá. Éste ha sido un sermón de esperanza. Y si aquellos romanos padecieron tantos trabajos, ¿por qué tú no padecerás mil muertes con la esperanza que tienes de alcanzar el triunfo de la gloria? Principalmente, siendo Dios tu capitán, teniéndote de su mano [y] acompañándote con la lumbre de su gracia, para darte la otra vida que es la gloria. Amén.